

# HUIDA AL TÍBET

---

ENDIKA URTARAN

Premio  
**DESNIVEL**  
DE LITERATURA  
**2011**

# ÍNDICE

<b>Descenso a los infiernos</b>	17
<b>Buscando la luz</b>	61
<b>Vida en el paraíso</b>	141
<b>Ascenso a los cielos</b>	229

## DESCENSO A LOS INFIERNOS

---

—¡La montaña me lo ha robado todo!... ¡Todo!

Jon Aguirre estaba desparramado sobre los asientos de un avión con destino a Lhasa. Vestía pantalones de pana, camisa de leñador por fuera de los pantalones, chaqueta de forro polar y botas de montaña. Con los ojos enrojecidos, hinchados por el llanto, lanzaba una mirada borrosa hacia el techo. La tez pálida, una desgredada melena negra y la barba de varios días le conferían un aspecto desaliñado.

Aunque todavía no había perdido todo su atractivo natural, casi salvaje, ya no se asemejaba al tipo sonriente de la foto del pasaporte, tomada hacía apenas un mes. También parecía equivocada la fecha de nacimiento, según la cual aquel día había cumplido solamente 30 años.

Martin tocaba el timbre con insistencia mientras consultaba su reloj deportivo.

—Jon, ¿bajas o qué?

Retrocedió unos metros y echó un vistazo al entorno. La pirámide pelada del monte Txindoki parecía flotar sobre los campos verdes y dorados

de finales del verano vasco. Respiró hondo, el olor a heno y helechos le hacía sentirse bien. Aunque siempre había vivido en la ciudad, solo cuando visitaba a Jon se sentía en casa.

El crujido de la vieja puerta sacó a Martin de sus pensamientos mientras el cartel de «Cerrado por descanso semanal» se tambaleaba.

—¡Aúpa Martin! Ahí dentro tienes a tu amigo.

Era Amaia, una chica de buen corazón y mucho temperamento, cualidades indispensables para aguantar a un tipo como Jon.

—¿Quieres pasar?

—No, deja, tenemos que salir pitando, está anocheciendo.

—Otra vez a Pirineos, ¡ya os vale! No dejáis libre ni un puñetero lunes.

—No te quejes, Amaia, que hace años que no montamos una gorda, de las de cruzar el charco.

Jon y Amaia vivían en un viejo caserío de piedra en la pequeña aldea de Larraitz. La planta de arriba hacía las veces de vivienda. A ras de suelo tenían el restaurante con la cocina, la barra de bar y un comedor con chimenea.

Jon se había graduado en el Basque Culinary Center de San Sebastián, donde algunos de los mejores chefs del mundo le habían mostrado el camino hacia la alta cocina. Empezó trabajando como ayudante en un prestigioso restaurante donostiarra, hasta que, hacía poco más de un año, decidió montar su propio establecimiento en ese lugar idílico de la sierra de Aralar.

El negocio marchaba viento en popa. Jon preparaba platos tradicionales a los que imprimía un toque moderno y personal, utilizando los mejores ingredientes que compraba en los huertos de la zona. En poco tiempo, se corrió la voz de que en su restaurante se chupaba uno los dedos por un precio razonable, y, aunque el comedor era sencillo y el servicio bastante campechano, rebosaba siempre de montañeros y trabajadores de los alrededores.

Amaia había sido profesora en un instituto de los jesuitas en Vitoria-Gasteiz, pero tres años atrás, cuando nació Ane, tuvo que dejarlo —según ella, temporalmente— para ocuparse de su hija. Al principio, le costó adaptarse a la vida rural, pero al ver a Ane corretear feliz por los bosques de los alrededores, comprendió que sería un lugar estupendo para criarla.

Desde que llegaron a Larraitz, trabajaba como camarera en el restaurante. No era su sueño pero al menos podía hacer compatibles la vida

laboral y familiar. Se le daba bien su trabajo, sabía compaginar una austera amabilidad con los clientes y su genio natural, así que ninguno se pasaba de la raya. Los domingos por la noche y los lunes eran sus únicos días de descanso después del estresante trabajo de toda la semana y ellos los solían aprovechar, al menos al principio, para pasear en familia por los caminos aledaños al viejo caserío. Jon bajó las escaleras con la mochila al hombro, desliziéndose sobre los desgastados peldaños.

—¡Agur, Ane, agur, Amaia! —vociferó al cruzar el umbral de la puerta.

Se detuvo a escuchar un momento pero no oyó respuesta alguna.

Subió a la furgoneta de Martin, una camper equipada con camas y una pequeña cocina. Lanzó la mochila a la parte trasera y dio a su amigo un golpecillo amistoso en el hombro.

—¡Tírale para el Midi! —dijo Jon, frotándose las manos emocionado, mientras Martin arrancaba.

Martin había sido el mejor amigo de Jon desde que tenía uso de razón, habían crecido juntos buscando la libertad de las cimas.

—Pura genética —soltó Martin sin quitar la vista de la carretera.

—¿Qué? —vaciló Jon, sospechando que abría paso a otra de sus teorías.

—Nuestra pasión por la montaña. Es pura genética. En realidad, todo el mundo la lleva dentro, solo que algunos todavía no la han descubierto. Nuestros antepasados vivían en peligro constante, no sabían qué iba a ser de ellos unas horas más tarde, si encontrarían comida, si les sepultaría una ventisca o les devoraría una fiera.

—Y eso... ¿qué tiene que ver con la montaña?

—Pues mucho. En la sociedad actual está todo demasiado controlado, desnaturalizado. Vivimos bajo el cielo del aire acondicionado, recolectamos en el supermercado y cazamos animales hormonados y envasados. Las personas no estamos diseñadas para eso y la montaña es el único refugio que nos queda para vivir la auténtica vida, la apasionante, la de la naturaleza indómita y los peligros desconocidos.

Unos años atrás, Jon y Martin participaron juntos en una expedición al Illimani, un pico de más de 6.000 metros en los Andes bolivianos y, aunque no pudieron alcanzar la cima por el mal tiempo, recordaban la experiencia con añoranza, soñando con su próxima aventura juntos.

—Pero, ¿qué llevas ahí?

Jon se palpó el pelo siguiendo la mirada divertida de Martin.

—Joder, las horquillas de Ane.

Los dos amigos reían a carcajada limpia mientras la noche caía sobre la sinuosa carretera de montaña.

—He estado jugando con ella a peluquerías y se me ha olvidado quitármelas. La tengo pegada a mí las 24 horas. No veas qué berrinche se ha cogido cuando le he dicho que me voy de nuevo al monte, no ha querido ni despedirse de mí. Y Amaia todavía peor, dice que está hasta las narices de mis salidas.

—Sí, parecía cabreada.

—Últimamente nos pasamos el día discutiendo. En el restaurante tenemos mucha faena, Ane está cada vez más rebelde y casi todos los domingos por la noche me largo contigo a Pirineos. Me parece que voy a tener que bajar el pistón. Y de lo del Himalaya, por ahora, ni hablamos.

—No te preocupes, Jon, lo del Himalaya puede esperar hasta que crezca Ane. Pero lo de Amaia me deja flipado, es una tía genial, tiene bastante carácter, pero no te imagino discutiendo con ella.

—Y así era al principio, pero la convivencia se ha vuelto muy, muy complicada. Creo que lo único que nos une de verdad es Ane. Hazme caso, Martin, sigue libre, no te cases nunca.

Pasaron la noche en la furgoneta, bajo el cielo estrellado del Portalet, un paso de montaña situado justo en la frontera entre Francia y España. La silueta rocosa del Midi d'Ossau apenas se distinguía en la oscuridad cuando abandonaron el cálido regazo del saco de dormir, hasta que el sol les sorprendió tiritando en la base de un resalte rocoso.

Los dos amigos se daban el relevo escalando de primeros, asegurando la ruta con la cuerda y paladeando el soberbio paisaje. Cuando alcanzaron la arista cimera, una ligera brisa les refrescaba la cara y se deleitaban en silencio, hasta que unos inoportunos pitidos les sacaron de tan idílico momento.

—Mira, ya tenemos cobertura —dijo Jon, sacándose el móvil del bolsillo—. ¡Ahí va, 15 llamadas perdidas de Amaia y un SMS!

Jon necesitó leer el mensaje tres veces, no acababa de procesar lo que ahí decía. Se quedó pálido, inmóvil y el estómago se le encogió de golpe

—¿Pasa algo, Jon?

Este no conseguía pronunciar palabra alguna, solo, tras un instante, acertó a girar el teléfono para que Martin pudiera leer en la pantalla:

«Accidente, Ane muy grave».

Sam, sentado en la butaca de su pequeño despacho, aporreaba con impaciencia el teclado del ordenador portátil, meneando la pierna derecha sin descanso.

Vestía una camiseta deportiva, pantalones cortos y sandalias de montaña. Él mismo se rapaba el pelo, rubio, eternamente corto y lleno de trasquilones, con una máquina eléctrica. Pese a su pinta juvenil y desenfadada, exprimía con pasión sus últimos años de treintaero.

La vivienda, reconvertida en oficina por Sam, estaba ubicada en el décimo piso del 202 de Albany Avenue, en Brooklyn, Nueva York. Era una zona relativamente tranquila para estar en la gran manzana. Hacía unos meses, había tirado un par de tabiques, juntando en sola una pieza la cocina, la sala de estar y una habitación. Así, consiguió una estancia algo mayor, pero todavía demasiado pequeña como lugar de trabajo. El piso lo completaban un cuarto de baño y un pequeño dormitorio sin ventanas transformado en almacén de material de montaña.

Sam, pensativo, echó un vistazo al apartamento. ¡Le traía tantos recuerdos! Había pertenecido a su abuelo Richard, con quien descubrió la montaña con apenas siete años, cuando viajaron juntos a los Apalaches por primera vez. Richard había sido un pionero himalayista en la década de los cincuenta y como el padre de Sam, su único hijo, no siguió sus pasos, volcó toda su pasión montañera en su nieto, al que reconoció desde bien pequeño como su sucesor.

Richard disfrutaba contando a Sam las aventuras de su juventud y se regocijaba contemplando el brillo de sus ojos mientras le escuchaba encandilado. Sus historias, alejadas de toda épica, mostraban la cara humana de la montaña: la solidaridad con los compañeros, el respeto por el entorno y la humildad ante la poderosa fuerza de la naturaleza.

Cuando Richard enfermó, Sam era el único que no fallaba ni un solo día a la cita con su abuelo. Una semana antes de su muerte, Sam tomó prestado el coche de su padre, acomodó dentro a su abuelo y condujo hasta el Parque Estatal de Catskill, la zona más próxima de los Apalaches. El pobre Richard llegó muy fatigado, con el rostro descompuesto, pero cuando distinguió, asomando por el horizonte, el suave perfil del monte Slide, lo comprendió todo: lo había llevado hasta allí para que se despidiera de su montaña, la primera que subieron juntos y la última que vería en esta vida.

Al morir, Richard dejó a su querido nieto la única propiedad que poseía, ese pequeño apartamento, ante la perplejidad y la indignación del padre de Sam, quien se veía a sí mismo como el único y legítimo heredero.

Sam, espantando sus recuerdos, se levantó de un salto de su asiento y abrió la puerta del cuarto del material, que despedía un fuerte olor a humedad. Desperdigó por el suelo y sin esmero las cuerdas de escalada para que se secaran, y en tres zancadas volvió al despacho y se lanzó sobre su vieja butaca.

Sam era un auténtico fanático de la montaña, un adicto a la adrenalina y un culo inquieto. Estos rasgos de su personalidad eran, precisamente, los que le habían acarreado un montón de fracasos sentimentales. A corto plazo, tenía mucho éxito con las chicas, lo veían como un intrépido montañero, un aventurero, un *«living la vida loca»*, pero en cuanto lo conocían a fondo y comprobaban que la montaña no era una afición de domingo sino el centro de una vida extrema, salían corriendo con sus maletas.

Después de ganarse la vida como limpiacristales colgado de una cuerda en los rascacielos de Nueva York, había pasado varios años trabajando como guía de montaña para una empresa americana que ofertaba ascensiones a grandes picos del Himalaya. Meses atrás, le habían despedido de su puesto por no atender como es debido a uno de los clientes.

Sam no soportaba a los ricachones que, sin haber pisado una montaña en su vida, se empeñaban en ascender las cimas más altas del planeta, poniendo en peligro a los guías y a sí mismos: «Esos tíos piensan que con el paquete del viaje también compran al guía». Y Sam era de todo menos servil, así que no tuvo más remedio que mandar «a tomar por saco»



a un carcamal que se empeñaba en exigir que le sirviese el tea-bed a casi 7.000 metros de altitud.

Por suerte, tenía un dinerillo ahorrado y, antes de fundírselo en material de montaña, decidió montar su propia agencia de guías, a la que puso un nombre a su medida: Himalayan Madness.

Su Locura Himaláica no contaba todavía con presupuesto para empleados, así que él mismo se encargaba, literalmente, de todo. En aquel momento, estaba terminando de diseñar la página web de su empresa, donde se ofrecía una ascensión al Cho Oyu para el próximo otoño. En la pantalla se podía leer:

«Suba al Cho Oyu con nosotros. Esta montaña de 8.201 metros ubicada en la cordillera del Himalaya, justo en la frontera tibetano-nepalí, es la sexta más alta del planeta...». Sam pensó que el Cho Oyu podía suponer un buen comienzo para la gente que pretendía ascender su primer ochomil y también un bautismo de fuego para Himalayan Madness, la empresa en la que había volcado todos sus ahorros e ilusiones. Entre varios datos sobre la montaña, destacaba un mensaje con letras mayúsculas parpadeantes:

«ATENCIÓN: SOLO PARA AUTÉNTICOS AMANTES DE LA MONTAÑA CON EXPERIENCIA EN GRANDES ASCENSIONES».

—Guardar... subir a la red y... ¡ya está!

Abandonó el despacho de un portazo, bajó los diez pisos saltando las escaleras de tres en tres y saludó al portero del edificio, Jack, un afroamericano que llevaba toda la vida trabajando en esa comunidad de vecinos y que conocía a Sam desde que venía a visitar a su abuelo Richard cuando solo era un mocoso.

—¿Qué tal, Jack?, ¿me pasas la bici? La he dejado detrás de ti.

—Desde que eras un crío, te llevo diciendo que la bici no se deja aquí, que debes subírtela arriba o, al menos, dejarla en un sitio donde no moleste tanto, los vecinos están que echan humo.

—Debería protestar yo por sus coches. Esos sí que echan humo, contaminan esta ciudad y ocupan todas las aceras.

Jack negó con la cabeza, perdía el tiempo con aquel joven.

Sam era ecologista practicante, por la ciudad nunca se movía en coche por puros principios y solo se lo pedía prestado a su padre para desplazamientos verdaderamente largos. Pensaba que la bicicleta era el

transporte del futuro, solo le encontraba ventajas y en cuanto tenía ocasión soltaba su prédica: «saludable, no contamina, no hace ruido y no consume, disminuye la dependencia energética y evitaría las grandes guerras del mundo por el condenado petróleo».

Nunca había entendido a la gente que por la mañana salía en coche a comprar el pan a la tienda de la esquina, y por la tarde, al gimnasio para compensar su vida sedentaria. Aunque amaba su ciudad, a veces se sentía como Tarzán en Nueva York, incomprendido y a contracorriente en la selva de hormigón.

Sam salió del portal mirando al cielo, había empezado a llover. De un salto, subió a su mountain bike y se adentró en el torrente de coches neoyorquino. Entre la jauría de insultos y pitidos que le dedicaban los conductores, cabalgó durante casi una hora driblando vehículos, hasta llegar empapado, estornudando, al pequeño piso de alquiler que compartía con dos chicas estudiantes de arte dramático.

Jon y Martin, espoleados por la angustia, dejaron a un lado las normas más básicas de seguridad de la escalada en su descenso alocado. Rapeaban por las cuerdas sin control sobre los paredones verticales del Midi, ante las miradas estupefactas de los montañeros con que se cruzaban.

Embarrados y bañados de sudor, subieron a la furgoneta. Jon, desencajado, marcaba una y otra vez el teléfono de Amaia, pero solo respondía el machacón buzón de Euskaltel:

«Apagado o fuera de cobertura, apagado o fuera de cobertura...»  
Martin conducía exprimiendo su camper y en menos de dos horas, consiguieron llegar al Hospital Donostia de San Sebastián.

Jon saltó de la furgoneta todavía en marcha, corrió hacia la puerta de Urgencias del hospital y fijó su mirada en la mujer de recepción, sin apenas detener su carrera.

—¿Está ingresada aquí Ane Aguirre?

—Sí —asintió la recepcionista, dejando escapar una mueca de infinita tristeza—, los familiares están al fondo a la derecha.

Jon continuó su carrera desbocada por el pasillo de la planta baja y cuando dobló la esquina se topó con un corro de caras largas. Los apartó

como pudo, accediendo hasta Amaia quien, al verlo, solo negó con la cabeza, mientras lloraba desconsolada.

—¡No, nooooo!

Amaia y Jon se fundieron en un lacerante abrazo, mientras Martín, que acababa de entrar en el hospital, no sabía hacia dónde dirigirse. Contemplaba avergonzado el rastro de barro seco que iban dejando sus botas de monte mientras oía los gritos desgarradores de sus amigos.

Carlota se mordisqueaba las uñas en la butaca de una sala del Instituto Geográfico Nacional. El IGN está situado en un antiguo edificio de la calle General Ibáñez de Ibero de Madrid. Es la institución encargada de elaborar y renovar todos los mapas de España desde hace un siglo y medio, y la meca de muchos cartógrafos que desean enfrentarse a los mayores retos técnicos del momento.

Carlota esperaba a que la llamasen para realizar la prueba de acceso al cuerpo de Ingenieros Geógrafos. Tras nueve exámenes eliminatorios, solo quedaban seis opositores compitiendo por una sola plaza, y esta, la oral, era la última prueba y la que decidiría el desenlace del curso.

Nunca había sido de las que se arrugaban ante las situaciones complicadas, pero los altos techos del IGN, su mobiliario antiguo y el aspecto de los que circulaban por allí la intimidaban hasta desecarle la garganta.

Tras la puerta de la cartoteca, apareció una señora de unos 60 años, con un vestido oscuro de corte clásico y gafas con montura negra. Su rostro severo parecía no denotar sentimiento alguno.

—Y por último... —elevó la voz la secretaria del tribunal, consultando un listado— la señora... Carlota Villegas.

Carlota se levantó de la butaca, al fondo de la sala de espera, y caminó airoso hacia la secretaria. Tenía la piel de color canela, legado de sus padres, un español de izquierdas que se exilió en Cuba en los últimos días del franquismo y una cubana de tez azabache. Vestía pantalones ajustados de cuadros plagados de cremalleras con una cadena colgando, chupa de cuero con tachuelas, botas militares y una gorra que ocultaba parte de su bonito rostro.

Al pasar junto a la secretaria, esta la examinó de arriba abajo por encima de las gafas, con cara de incredulidad. Cuando entró en la cartoteca vio, por primera vez, al tribunal al completo. Sentados tras una mesa encaramada a una tarima, seis hombres de entre 60 y 70 años, trajeados y con aire rancio, contemplaban desde la altura a la recién llegada. En los exámenes anteriores, entre tanto aspirante, no habían reparado en aquella extraña joven.

Murmullo de fondo y miradas cruzadas entre los miembros del tribunal. Detrás de Carlota entró la secretaria, recreándose divertida con las reacciones de sus compañeros.

Desde la adolescencia, Carlota había utilizado la vestimenta como una armadura contra el mundo exterior, una barrera que seleccionaba a los que podían acceder a su verdadera personalidad y a los que no. La gente con prejuicios se autodescartaba de inmediato y solo unos pocos, capaces de mirar más allá de las apariencias, conseguían conocer a la auténtica Carlota.

Estaba más que acostumbrada a que la mirasen; al fin y al cabo, era ella quien había elegido llevar esas pintas y también era consciente de que su espectacular físico no la ayudaba a pasar desapercibida, pero es que a esos pálidos vejetes parecía que los ojos se les iban a salir de las órbitas.

El presidente del tribunal se llamaba Manuel Chueca, rondaba los 70 años de edad y era toda una institución en el campo de la cartografía. Era profesor emérito en la Escuela de Ingenieros en Geodesia y Cartografía y apuraba sus últimos años de servicio en el IGN. Su honorable aspecto lo otorgaban la expresión de su cara, de simpático y viejo profesor, su cabeza casi despoblada y unas gordas gafas de pasta con aire anticuado.

En su dilatada carrera profesional se había cruzado con mucha, mucha gente, pero jamás había conocido a un cartógrafo con una apariencia tan irreverente. Por más que lo intentaba, no conseguía imaginarse una persona así en el IGN, la gloriosa institución en la que había trabajado más de 40 años y donde también lo había hecho su padre.

—Señorita... Carlota Villegas —dijo el profesor Chueca, levantando la vista de sus apuntes—, tome asiento y quítese la gorra, por favor.

A Carlota le entraron ganas de mandar al carajo a ese carca, de aclararle que ella y su gorra eran inseparables, pero... tras sopesar durante

unos instantes las posibles consecuencias, decidió, por una vez, mantener la boca cerrada.

Por la cabeza le pasaron sus estudios en la Facultad de Geografía de la Universidad de La Habana, sus investigaciones en el Instituto de Geografía de la Academia de Ciencias de Cuba, las penurias económicas de su familia para conseguirle un pasaje para Europa, el largo proceso de obtención de la nacionalidad y del reconocimiento del título en España, su trabajo de camarera para ganarse la vida en un bar *punk* de Malasaña y, sobre todo, «las hartadas que me he pegado a estudiar después de currar para sacarme esta jodida oposición. Sí, definitivamente, mejor callada».

La secretaria del tribunal se dirigió hacia ella, llevaba consigo una bolsa de tela con un cordón que la cerraba, y removía su contenido haciendo un sonido peculiar.

—Por favor, elija una bolita al azar.

Metió la mano en la bolsa, con temor, como si se tratase de la madri-guera de una serpiente.

—Ha obtenido la bola número 35, se trata del tema... «Control de deformaciones, microgeodesia de precisión».

Un nuevo murmullo se apoderó del tribunal. Tanto los opositores como casi todos los miembros del tribunal consideraban que aquel tema era el más complicado. Manuel Chueca dejó entrever una leve sonrisa, la microgeodesia era su especialidad, llevaba años trabajando en ella, y la verdad, si le pidieran que condensara sus vastos conocimientos en la media hora permitida para la exposición oral no sabría por dónde empezar.

—Señorita, puede proceder al desarrollo de este interesante tema.

Carlota arrancó titubeante. Los miembros del tribunal parecían confirmar sus sospechas y negaban con la cabeza.

Tras los primeros instantes de desconcierto, Carlota pareció serenarse, prosiguió más segura, resumió con acierto las ideas más importantes y las desarrolló con precisión matemática.

Había transcurrido ya la media hora reglamentaria, pero a don Manuel esa ponencia le sonaba a música celestial, así que, cuando la secretaria se disponía a cortar la exposición, le hizo un gesto con la mano para que la dejara continuar un poco más. Nunca había visto nada parecido: una joven tan certera en un tema tan complicado.